



# TOLEDO

Revista semanal de Arte.

## LEYENDAS TOLEDANAS

En cada piedra de Toledo, de este pueblo misteriosamente bello, hay una historia, toda fantasía por lo extravagante, pero que es real y vívida por los abuelos de nuestros abuelos.

Es la leyenda toledana, una joya más de este pueblo el más artístico e histórico del planeta; de este pueblo habitado por reyes y magnates, por artistas y luchadores, por nobles y plebeyos, que se ha propagado por todas partes, y todos la rinden pleitesía.

Es la literatura típica, que rememora páginas de aquellos días y de aquellos hombres.

Es un arte, más arte todavía, porque Toledo las dió vida; porque nacieron entre las más grandes obras artísticas, que son el Toledo presente todavía.

### LA FLOR DE LA CEGUERA

Leyenda árabe de Toledo.

(Diálogo entre un Guía y el Autor.)

—Ya comprendo, señor, que le agradan las historias. Yo sé una que se refiere a este lugar, que nosotros denominamos *La Virgen del Valle*. Me fué contada por un vendedor de leche de esta comarca.

—¿Siente Ud. el perfume?

—¡Delicioso!

—En ninguna parte del mundo tienen las plantas un olor parecido. ¡Es un tesoro! Los moros bien lo saben, y aun en nuestros días se acuerdan de este lugar.

Un día, un habitante de la ciudad fué condenado a muerte por haber matado a un su enemigo en un duelo.

Huyó a país habitado por los mahometanos, y se constituyó esclavo de un árabe poderoso y espléndido, el cual tenía una terrible dolencia: se había quedado ciego; y como consideraba a su esclavo y le reputaba grande amistad, por los buenos servicios que de él recibía, le dijo: Hijo mío, tengo que confiarte una importante misión; prepárate y ve a la montaña de Toledo, al lugar que se llama *La Virgen del Valle*. Tus antiguos amigos y paisanos no han visto jamás tu barba, que ha crecido al sol del país de los moros, y por lo tanto no te reconocerán. Además, tú no entrarás en la ciudad, solamente recorrerás la montaña durante tres días, y

cojerás una flor de cada una de las especies de plantas que te encuentres. Entre ellas hay una que cura la ceguera; si tú tienes la dicha de traérmela, te daré todo lo que tú me pidas, así sea la mitad de mis tesoros, te haré mi heredero y te casaré con mi hija.

El esclavo partió, provisto de buenas sandalias para el camino. Era en la época del año en que, sobre las colinas, un perro no acierta a posar su pata sin que tronche una flor. Reunió el esclavo durante los tres días todas especies de plantas que encontró, y a medida que descubría una especie nueva la depositaba en su saco.

Nadie le reconoció. Tornó al territorio mahometano, y su amo, cuando le sintió venir, dió un grito de alegría.

—¡Ah, mi querido hijo!, tú me traes la luz del cielo. ¡Dame, dame pronto las flores recogidas por tí en los montes de Toledo! Y palpando con sus manos en el saco, uno a uno tomaba los tallos y las hojas medio secas, y pausadamente las pasaba por sus párpados cerrados. Sus ojos no se abrían. Cuando hubo ensayado la virtud de la última flor, dijo tristemente: ¡Hijo mío, no has traído la planta que cura a los ciegos!; y lloraba amargamente, y en medio de sus lágrimas enmudeció por una inspiración. Se inclinó, desató una de las sandalias del esclavo, y lentamente, como con las flores había hecho, la pasó por sus ojos. ¡Oh maravilla!, la sandalia había pisado todas las hierbas de la montaña y había tocado la que tenía la virtud de dar la vista. En

aquel instante, el viejo y generoso árabe exclamó:

—¡Veol! ¡Veol!... Tus sandalias me han curado, hijo mío, bien amado.

—¿Cuando ocurrió lo que me refieres, Toribio?...

—Ah, señor, no hace mucho tiempo. En la época del Cid Campeador (1).

Por la traducción,

María Moraleda y Sánchez.

La precedente *leyenda*, referida por el guía y consignada por Bazin en su libro, tiénesse en Toledo por una tradición de cuerpo entero, como lo comprueba el refrán popular que dice: «*Dichoso aquel que habita bajo las tejas y en la comarca de Toledo.*»

Desde que la Virgen María descendió a esta ciudad para imponer la casulla a San Ildefonso, el pueblo toledano aumentó extraordinariamente su devoción a la Madre de Dios, habiendo logrado por su intercesión de la Majestad Divina innumerables beneficios, que dieron margen a que predicando en Toledo San Vicente Ferrer, eternizara la predilección de la Virgen Madre hacia Toledo y su tierra con el antedicho refrán.

El hecho de acudir el prócer mahometano a la montaña de Toledo en busca de medicina para su desgracia, a guisa de talismán misterioso, fué implícitamente reconocer la veracidad de antiguas creencias y el posterior axioma de los cristianos.

(Nota de la traductora).

(1) Del libro de René Bazin *Terre d'Espagne* — París, 1895.